

La antropología en la bitácora dominicana

Por Fátima Portorreal

Marzo 2010

Hablar de antropología es una sugerencia acertada en los momentos actuales, pues ese otro se construye a sí mismo en un universo social de posibilidades y de escenarios que han estado condicionados por la existencia de un limitado cuerpo de investigadores e investigadoras locales que si bien han sabido encabezar el prisma de necesidades en el marco de la descripción y la explicación, también es cierto que no han podido impulsar un debate escritural y dialógico que reserve la peripecia de objetar suposiciones e interpretaciones que enriquecen la historia de cualquier ciencia.

A decir verdad, el conocimiento antropológico dominicano ha estado centralizado en el discernimiento de unos pocos que se elevan en la cúpula de su poder, a saber por las palabras o las contingencias de los contratos de una agencia internacional o local que condicionan el quehacer, a partir de demandas de terceros en los procesos que caracterizan la dominación del conocimiento cultural, social, geográfico y simbólico. Así pues, dichas estructuras dominan el escenario del supuesto "desarrollo local", controlan los contratos, los salarios y los temas de investigación, pues lo subyugan a las demandas del momento, ya en el orden de las acciones o de supuestas estrategias de desarrollo que nunca logran pasar de las

miradas de quiénes las proponen o simplemente su aplicación se queda parcialmente constreñida en un periodo delimitado hasta que el presupuesto aguante.

Antes esa realidad, muchos optamos generacionalmente por una ética que rompe con el espíteme colonial e imperial, ya por medio de la denuncia, el rechazo a determinados trabajos o asumiendo una postura crítica y construyendo nuevos espacios que favorezcan los intereses de grupos excluidos y de otros lenguajes que muestran realidades sociales y culturales desde la diversidad. Los años ochenta marcaron una ruptura importante con las visiones recibidas por los positivistas y pospositivistas kantianos, liberales como John Rawls, marxista como Louis Althusser, Antonio Gramsci y Jurgen Habermas, entre otros. Por las seductoras teorías de Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Paul Feyerabend, Imre Lakatos, Piotr Kropotkin y Eugenio Malatesta, etc.

Todos estos pensadores sedujeron mi alma por sus posturas críticas y humanas. El enfoque del cuerpo me arrojaba a los pies de las discusiones de lo privado como político y por supuesto del lenguaje de la corporeidad y de los debates sobre la mujer y su papel en el escenario de la política y de la ciencia. La historia de las mujeres y las nuevas miradas hacía una ciencia más inclusiva despertaron en mí el compromiso con una praxis humanista identificada con las luchas de

las mujeres, las reivindicaciones por los pueblos originarios, la ecología política, los/as productores/as de alimentos, la no violencia activa, en fin, la confrontación contra toda forma de dominación e inequidad.

Hacia una antropología de la liberación

El objeto de estudio antropológico se ha centrado en la fragmentación del sujeto conociente, porque nuestra ciencia, a la luz actual de sus discursos epistémicos ha hecho inalcanzable al sujeto que estudia, es decir al otro producto de un proceso de colonización. Y en el campo de los países en vía de desarrollo ese conocimiento ha estado orientado a responder a las demandas de los países del centro y de sus expectativas y líneas de trabajo, a fin de desarticular procesos emancipatorios, desordenes sociales, o simplemente para taponar los muros de la vergüenza del otro.

De ahí que el texto antropológico que hemos construido o bien responde, a lo antes dicho o simplemente se convierte en detalles que describen o analizan al otro, desde una perspectiva no inocente y enmarañada por múltiples variables subjetivas que se entremezclan con la política y el saber legitimado por las autoridades del campo epistémico en el que nos desenvolvemos como antropólogos/as. Hoy parto del marco histórico que me toca vivir y actuar como

antropóloga que trabaja para las agencias y la universidad. Por tal cuestionamiento, creo pertinente discutir y dilucidar sobre la existencia o no de un pensamiento antropológico en República Dominicana.

A mi humilde entender, sí creo que existe un pensamiento antropológico, pero hay que desnudarlo, dado que se encubre con el aparente no hacer y con la supuesta flexibilidad de la frontera sociológica. Afirmar esto, no me pone en aprieto, ya que muchas veces mis conocimientos han pasado por el lenguaje de "los ingenieros e hidrólogos" como la que se encarga de lo social o "la socióloga" por ser esta última ciencia, más conocida en el campo de los estudios de cuencas o de saneamiento de micro-cuencas.

De más no está decir, muchas han sido las aclaraciones para legitimar el campo antropológico entre los sabios geólogos, ingenieros de campo, hidrólogos, químicos, ecólogos y hasta psicólogos sociales. Todavía aun hoy, nos siguen clasificando entre los cualitativos de campo o simplemente los que tratan con la gente y dan paso a los científicos. Sin embargo, esto no subyuga las viejas motes de los desarrollistas o los utilitaristas del desarrollo, cuando nos llaman aquellos "que abren las puertas de la pobreza".

No es exagerado decir, que en estos lares, la antropología continúa esgrimiendo la colonialidad. Esto no es nuevo en el marco de la ciencia antropológica. Las grandes transnacionales se siguen sirviendo de nuestros conocimientos y lo vendemos como parte de las

estrategias de subsistencia, cuando las universidades han abandonado la investigación y sus metas se concentran en preparar a los futuros trabajadores para ofrecer servicios y servir al gran capital extranjero. Comenzando el tercer milenio de nuestra era, la falta de empleo o las pocas ofertas de trabajo desde las universidades han desalentado la masa crítica en nuestro campo del saber. Tanto así que apenas podemos contactar con un pequeño puñado de estudiantes de antropología en una sola universidad. A decir de nuestros colegas, el pan viene por la omisión y la aceptación de los salarios gubernamentales o de las agencias, pues de proponerte un discurso conflictivo, la escasez puede dominar tus bolsillos. Por tal situación, no es radical que señalemos que el marco que domina el escenario antropológico en República Dominicana se inscribe en la vieja propuesta antropológica de la racionalidad colonial.

Los saberes de nuestro campo se proyectan, a lo largo de nuestra joven historia, no sólo por el dominio de discursos alienados por el colonialismo europeo y norteamericano en el saber de nuestra ciencia, sino por los significantes para establecer los parámetros de la dominación en aras de la uniformidad que apoyan las narraciones de la globalización y de las políticas neoliberales. No hay un discurso claro que se enfoque en la descolonización de los saberes en nuestras universidades y por tanto se despoja a la juventud del potencial atractivo de estudiarse a sí misma y de desarrollar permanentemente sus identidades.

No me excluyo, todos hemos servido a ese objetivo instrumental y utilitario, al gran proyecto reduccionista y éticamente comprometido, por la carencia de empleos que nos reporta la subsistencia. Pero me peleo continuamente entre el hacer, el sentir y el escribir.

Sobre los enfoques.

Hay ciertos marcos conceptuales y enfoques metodológicos que deslindan y caracterizan el pensamiento antropológico en República Dominicana. Uno es la tendencia a la búsqueda de un marco que desvincula lo macro-histórico social para quedarse en una descripción puramente de los fenómenos, tal como lo hacía, la vieja escuela funcionalista norteamericana. Sin tratar de explicar o interpretar los fenómenos socioculturales y la otra se enfoca en el análisis de los procesos históricos y sociales. La primera tendencia, hace un aporte interesante a la construcción de una etnografía que se construye cotidianamente, pues se trazan y reportan algunas líneas de trabajo, tales como la que se publican en los boletines del Museo del Hombre Dominicano y revistas universitarias.

Otras en cambio son el esfuerzo de investigadores /as que logran divulgar su trabajo, específicamente en temas de interés en el orden de la religiosidad popular, el carnaval y cuestiones relativas a los estudios raciales y aspectos musicales, entre otros. La mayoría de estas investigaciones se quedan en el marco de revistas especializadas y publicaciones limitadas, pues no pasan al gran

público de lectores dominicanos. Otras nunca llegan a publicarse por los contratos que atan a los/as investigadores/as con las agencias para las cuales trabajan y se quedan como material de consulta.

En todas las etnografías de campo predomina una perspectiva desde el autor y no desde la comunidad. Son muy reducidos los estudios que se enfocan en el campo etno-botánico, etno-ecológico, etno-psiquiátrico, los estudios de la vejez, la problemática generacionales y de la mujer.

Es característico en este tipo de etnografía una visión androcéntrica, carencia de análisis crítico, un discurso adultocéntrico y legitimado por el saber del investigador/a. Esta episteme positivista no le interesa los aspectos simbólicos del lenguaje hablado o escrito y sobre todo está muy condicionada por el contrato con la agencia o instituciones contractuales. Su interés se centra en obtener información para llenar sus necesidades vinculadas a una demanda particular de desarrollo, vista desde los organismos internacionales y comprometidos con la acumulación capitalista y el equilibrio del orden estatistas e imperial. No hay un ejercicio de autorreflexión del texto que se escribe, ni de lo que se encuentra en el campo. A pesar de tales dilemas, hay que subrayar que la antropología la hace día a día el mismo pueblo.

La otra tendencia intenta realizar un análisis, desde de los procesos histórico-sociales, a fin de dar una interpretación que dé cuenta de los procesos políticos ideológicos, de la organización social,

movimientos sociales e institucionales de la sociedad. Su proyecto teórico, fundamentalmente trata de poner al descubierto las bases tradicionales de la sociedad dominicana, los fenómenos vistos desde las perspectivas de los/as actores/as utilizando una gama de fundamentos teóricos que van desde el pospositivismo, hasta la denominadas visiones interdisciplinarias rápidas de trabajo de campo que se concentran en los estudios culturalistas.

El ideal de esta tendencia es la recuperación de las perspectivas y significaciones de los sujetos y la reconstrucción de proceso situacionales o coyunturales. En esta tendencia se interesan por los temas relacionados con las migraciones, la escuela, los aspectos relacionados con la historia locales, los problemas haitianos/dominicanos, la cuestión de las identidades y la política vernácula.

Igualmente encontramos uno que otro trabajos, aunque muy dispersos y poco conocidos en República Dominicana, sobre la vida rural de los/as campesinos/as, muchas son tesis doctorales de estudiantes norteamericanos que han tomado el escenario de nuestros campos para poder lograr su disertación. Algunas de estas tesis se han enfocado desde una perspectiva hermenéutica, pero son las menos, pues predominan las tendencias culturalistas y funcionalistas de la escuela antropológica norteamericana.

Desde el campo de la corporalidad las carencias se imponen y cuando encontramos incursiones de los psicólogos sociales y

antropólogos/as en un intento por abordar de manera interdisciplinaria el cuerpo, en temas relacionados con la homosexualidad, el trabajo sexual y la problemática de la sexualidad en general. Muchos de estos estudios son desconocidos por la mayoría de los/as antropólogos/as, porque han sido realizados por especialistas extranjeros que publican en otra lengua, especialmente en inglés.

Los trabajos que se interesan por la narrativa antropológica son inexistentes y por tanto las nuevas tendencias de la escuela postmoderna en antropología, apenas se conocen en estos lares. En pocas palabras, sí existe un pensamiento antropológico enmarcado en estas dos grandes corrientes epistémicas de pensamiento, la funcionalista y la pospositivista, ambas productos de un entronque de las corrientes antropológicas dominante del siglo XX.

Todo el fluir discursivo de estas dos escuelas caló profundamente en las mentalidades de nuestros mentores y son pocos los jóvenes que han podido librarse de tales epistemes. El pensamiento antropológico dominicano se nutre y se expresa en esas dos tendencias del conocimiento. Aunque algunos hemos realizados estudios doctorales fuera del país, pocos han podido superar tales bases conceptuales. En lo personal me inscribo en la corriente posestructuralista, pero otros tendrán que evaluar mi trabajo.

Algunos pensadores en el campo de la antropología creen que no hay un pensamiento antropológico por la dispersión de nuestro

trabajo y las pocas obras que se publican, pero la obra etnográfica y etnológica no deja de existir, porque no se haya construido una nueva episteme. Así ha sido, en el transcurrir de la ciencia, los modelos de conocimientos se legitiman y por eso se necesita de una gran ruptura, que a veces tarda siglos para despedazar las bases epistemológicas existentes.

La antropología dominicana ha mantenido un diálogo como saber anticipado, nos guste o no, este juego discursivo certifica un espacio. La respetabilidad de un saber marcado por la colonialidad y los compromisos con las agencias e instituciones estatales, caracteriza las dos tradiciones que dominan la ciencia antropológica en República Dominicana.